

PRESENTACION LIBRO DE CRISTINA ROSAS DE SALAS

DOLOR PSIQUICO EN LAS FRONTERAS DE LO ANALIZABLE

Repetición, reelaboración y práctica analítica

APA 2010

Me une a Cristina una relación de afecto y respeto a lo largo de los años extensiva a José María y Eugenia y me alegra ser parte de esta fiesta que es presentar su primer libro junto con Norberto. Por eso quiero comenzar agradeciéndole esta posibilidad.

El recorrido al que nos invita en estas páginas está en mi, como seguramente en ella a juzgar por sus agradecimientos, indisolublemente ligado a Junín y al Centro Psicoanalítico del que es una de las fundadoras y entusiasta sostenedora. Por razones personales siempre me he sentido cerca del interior de nuestro país pero también de lo difícil que es vivir en la Argentina fuera de Buenos Aires. Y más aún formarse como analista.

Junín, centro de una de las zonas más ricas de nuestro país, está unida a Buenos Aires por una ruta que solo quien la transita sabe lo que significa recorrerla semanalmente en medio de un conjunto de camiones y micros que se encolumnan en la única mano por sentido que tiene su recorrido. Y aunque siempre me ha encantado el paisaje pampeano atravesado por nuestras rutas, no se los recomiendo hacerlo semanalmente. Solo el entusiasmo que conocemos en nuestra autora es proporcional al esfuerzo que requiere.

Pero el itinerario descrito y al que nos invita la autora va mucho más allá de la ruta 7. Testimonio de otra de mis referencias habituales de Cristina, que es su habitual presencia en los congresos haciendo la cada vez más necesaria tarea de hacer conocer nuestras ideas, estas páginas reúnen, entre otros, trabajos que han sido seleccionados para los congresos de Niza 2001, Montevideo 2002 y Nueva Orleans 2004, Rio de Janeiro 2005, Santiago de Chile 2008.

Incluye asimismo el trabajo ganador del Premio Luis Storni 1998 , reconocimiento a la calidad de su pensamiento teórico clínico que muchos aquí valoramos y que Madé Baranger destaca en su Prólogo.

Aunque seguramente muchos de Uds saben de que se trata este recorrido por rutas nacionales e internacionales que nos traen estas páginas, más allá de los kilómetros en juego; quisiera en estos breves minutos hablarles como uno de los privilegiados primeros lectores y puntear algunos de los aspectos que me resultaron más interesantes para entusiasmarlos con su lectura.

El libro tiene un tema central que es el del dolor psíquico en las fronteras de lo analizable, y específicamente el trabajo de representación. Y esto se relaciona directamente con la intención manifiesta de la autora de que el psicoanálisis siga siendo una alternativa válida frente al dolor.

El libro intenta desarrollar respuestas a una pregunta que lo recorre: que sucede cuando la pulsión no encuentra representaciones a que enlazarse?

Sin embargo no se agota allí su contenido ya que trae interesantes contribuciones sobre la subjetividad del analista, su pretendida neutralidad y casi necesariamente entonces un capítulo dedicado al análisis-reanálisis del analista y otro al de la supervisión.

Es que la apelación a la imaginación clínica, a la elaboración imaginativa del analista en la construcción de lo no representado abre el debate acerca de los límites éticos de este accionar.

Nos muestra entonces, como la preocupación de la autora por este campo de la clínica va de la mano con su intención de ampliar la metapsicología a partir de la misma. Se extiende además a su labor como analista didáctica interesada en los efectos del análisis y la supervisión del analista, procesos especialmente requeridos cuando se trata de tratamientos que comprometen particularmente su persona.

La segunda tónica freudiana y muy especialmente el YO y sus límites y el ELLO y su posibilidad de realizarse en actos son conceptos caros a este tipo de inquietudes. Se trata al decir de la autora de evaluar el capital representacional del paciente y del analista y de definir el lugar de la pulsión y del objeto en la estructuración psíquica.

Cristina apuesta fuerte y propone estudiar a la vez pulsión y objeto : plantea así lo que llama destinos del objeto en analogía a los destinos de la pulsión y alerta de los riesgos de centrarse alternativamente en uno de ellos.

Habría entonces un destino que sería su representación reprimida que da lugar a formaciones del Inc y a las que se accede a través de la palabra y especialmente en las neurosis; y otros destinos que como la identificación, están más allá de las neurosis. Conjetura entonces que habría representaciones en relación al reconocimiento de la castración y falta de representaciones en relación a lo desmentido.

Las relaciones entre identificación y representación son desarrolladas en uno de los últimos capítulos a propósito del interesante tratamiento de un paciente con un cuadro alucinatorio que lo que desmentía retornaba en las voces. La propuesta terapéutica es entonces clara y lamentablemente poco elegida en estos tiempos : desligar la pulsión que alimenta sus voces en vez de acallarlas.

Tanto la identificación como la representación, nos dice, son procesos de estructuración psíquica; pero la identificación puede tener alto poder desestructurante. Destaco aquí la precisión que hace respecto de cómo la identificación primaria está más opuesta a la identificación mientras la secundaria permite más “tener” al objeto a la vez que se renuncia a él con la posibilidad entonces de representárselo.

Coincido con ella en función de mi propia experiencia que a veces hablar por teléfono con el analista, escribir, como hacía este paciente con sus voces, pueden pensarse como del orden de representar, de intentar ligar la pulsión a otras representaciones y a otro objeto.

Juan José Morgan, con quien me inicié en la Psiquiatría encargaba a Coppola, uno de los pacientes completamente alucinado que estaba por años en su sala que escribiera para él sus voces y de esta manera lo ligaba transferencialmente a él.

Es interesante también como relaciona el capital representacional y la repetición con la frecuencia esperable de las sesiones destinadas a contener dicha repetición más que a favorecer la regresión cuando se trata de un proceso desligado de complejos representacionales. Por su parte, y aunque prefiere un tiempo pactado para cada sesión que de cuenta de que donde era el acto ahora sea palabra o pensamiento, propone que la duración de las sesiones, tema hoy en discusión, debe adecuarse a la idea de cada analista de los que es el trabajo analítico. Nuevamente la teoría sostiene para ella la necesaria singularidad de la práctica.

Quisiera destacar también, en mi propio recorrido del libro, su punto de vista del trabajo del sueño como creador de representaciones que puedan poner en marcha el tiempo detenido de la repetición. En especial el sueño con la persona real del analista, sería entonces un soporte ante el caos pulsional, una figurabilidad del pasaje de la T con la persona real del analista a la T con la función analítica.

Para Cristina, si el analista puede constituirse en objeto de la pulsión se abre la posibilidad de instalar, desde la contundencia de la repetición, una pregunta que haga posible que en vez del acto emerja la palabra. Describe sin embargo también los destinos intrapsíquicos de la presencia-ausencia del otro y la alternativa de que el otro, el analista, se vuelva un objeto trauma.

Interesa en este sentido su experiencia como analista que trabaja en una comunidad pequeña y además en una institución como la nuestra, en el sentido de las implicancias de la persona real del analista y su realidad cotidiana. Y como cuando estas asumen un rol resistencial, dejan de funcionar o no funcionan como restos diurnos y pasan a ocupar otras funciones que van del soporte perceptivo a la percepción traumática. Coincide en este sentido con Fedida a quien

cita cuando propone al analista como extraño íntimo para sostener la esencial disimetría de la pareja analítica.

Para ella el objeto es una exigencia de trabajo al psiquismo por el trabajo de discriminación que supone la construcción de la subjetividad y la alteridad.

En este sentido la contingencia del objeto es un logro a conseguir que exige un trabajo relacionado con la posibilidad de su representación.

Sus ideas resultan de un diálogo permanente con autores que como Assoun, Aulagnier, Green, Laplanche, Leclaire, Mc Dougall, Pontalis, Ricoeur, Rosolato, o Rousillon y entre nosotros Cabral y especialmente Marucco, que han trabajado en estos temas. Retoma además discusiones como las de Green-Laplanche o Green-Jacobs que ya son parte de la historia de las ideas psicoanalíticas. Cristina nos trae sucesivamente las ideas estos autores y enseguida propone sus propias hipótesis sobre esos temas a partir de lo que intitula como su experiencia clínica. Logra así un ejercicio especialmente didáctico para el lector, especialmente si consideramos que las ideas centrales son parte de un hilvanado que las recorre a través de los sucesivos textos que incluye el libro y que permite al lector familiarizarse con su pensamiento.

Además de las representaciones o la falta de ellas, la autora trabaja especialmente y en forma articulada los conceptos de Regresión y Repetición, y esta última asociada o no a complejos representacionales. En este último caso se requieren para ella posición del analista y encuadre que enfrenten la posibilidad de repeticiones más cercanas al acto.

Las referencias al caso Benedicte de Joyce Mc Dougall que trabajamos en la APA el año pasado le permite por su parte adentrarse en el tema de la sublimación. Destaca especialmente el poder reparador de la creación y la necesidad de cuidarlo en tanto sostiene un narcisismo tambaleante. Lo ejemplifica con un hermoso poema de la gran Alejandra Pizarnik.

En este mismo sentido y a propósito de la reelaboración, cita al reconocido escritor israelí David Grossman que perdió su hijo soldado en la guerra del Líbano, cuando escribe : “escribo y siento que el correcto uso de las palabras es a veces como la cura de la enfermedad”. Y también escribo sobre lo que no puede recuperarse. Y sobre lo inconsolable”. “Muchas veces, cada día, sentado ante mi mesa, toco el tema del dolor y de la pérdida como quien toca la electricidad con las manos desnudas y sin embargo no muero”.

Cristina extiende este uso reelaborativo del correcto uso de las palabras al tratamiento analítico. Y ésto a partir del a veces esforzado reconocimiento de lo irremediable que supone el reconocimiento del límite absoluto con que a veces nos enfrenta la vida y la posición subjetiva que adoptamos frente a ello.

El interesante caso que nos trae del Sr Q es un buen ejemplo de cómo para ella el análisis es para ella un espacio y tiempo para nuevas y quizá interminables representaciones de lo acontecido, aún cuando el hiperrealismo del acontecimiento parezca haber entorpecido toda elaboración. Cristina se propone escuchar las repeticiones y proponerlas como un interrogante para ella y su paciente. Trata de no adelantarse a sus pensamientos y de respetar cuando sea el tiempo posible para las metáforas. No nos extraña entonces que el Sr Q reconozca que ella lo ayuda a pensar.

Finalmente, interesantes capítulos sobre tratamientos con encuadre tradicional y sus variaciones en donde se destaca el hecho con sesiones acumuladas; y sobre la supervisión son también de sumo interés especialmente por traer su propia experiencia en estos campos.

Como Uds pueden ver se trata de un libro que testimonia la rica experiencia clínica de la autora así como su preocupación por ampliar el basamento metapsicológico de nuestra práctica. La rica y muchas veces original Bibliografía será un ayuda importante para cualquier lector interesado en esta temática.

Para terminar:

Hace poco tiempo tuve oportunidad de hablar en San Pablo en un Symposium interdisciplinario sobre Trazo, Forma y Psicoanálisis. Se reivindicaba allí tanto el trazo, la huella, como la forma. Y ésto en el arte, la cultura y el psicoanálisis.

Cité entonces a Héctor Fiorini que en su muy recomendable libro El Psiquismo Creador escribe a propósito del acto creador :

- “Trabajo de encuentro entre movimiento y forma. Un movimiento encuentra su forma, aquella que lo aloja, permitiéndole mantenerse como tal, como movimiento. A su vez una forma encuentra movimiento, es rescatada de una estabilidad que pueda fijarla en la inmovilidad”.

Héctor cita allí a Huyghe, autor que trazó un vasto panorama de la relación entre formas y fuerzas en la historia del arte, y registra en esa historia la alternancia compensadora entre energía y su condensación en estructuras. Para este autor sucede lo mismo en el orden biológico, en el orden psicológico y en los movimientos artísticos e ideológicos.

También a estos hermosos textos de Julio Cortázar cuando escribe:

- Porque escribo ésto? No tengo ideas claras ni siquiera tengo ideas. Hay jirones, impulsos, bloques y todo busca una forma, entonces entra en juego el ritmo y yo escribo dentro de ese ritmo, escribo por él, movido por él y no por eso que llaman el pensamiento y que hace la prosa, literaria u otra.
- Hay primero una situación confusa que solo puede definirse en la palabra, de esa penumbra parto y si lo que quiero decir tiene suficiente fuerza, inmediatamente se inicia el swing, un balanceo rítmico que me saca a la superficie, lo ilumina todo, conjuga esa materia confusa y al que la padece en una tercera instancia clara y como fatal, la frase, párrafo, página, capítulo , libro.

Siguiendo entonces a Huyghe, y de la misma forma que en el arte, movimiento y forma se alternan en un análisis

Pienso que el libro que hoy presentamos se inscribe en esta línea de pensamiento que reivindica el movimiento y el trazo que buscan forma. Va más allá de la forma reivindicando el movimiento, la pulsión, la repetición, más allá de la

representación. Lo hace en forma clara y amena. Al decir de Leopoldo Nosek ayer, en forma pulsional. Por todo esto es bienvenido y les recomiendo su lectura.